

dos prodigados á aquellos á quienes la justicia acusaba; todas las sospechas convirtiéndose en títulos para obtener la proteccion de una gran familia; Santiago Besson recibiendo en su calabozo las delicadas atenciones de la vida de Marcellange; una esposa diciéndo á Arzac, por medio de una identificacion prodigiosa con aquel á quien la justicia designaba como al asesino de su marido: «Toda tu familia está contra *mi*!» Arzac, ese testigo que dice que todo lo sabe, solocitado para que guarde silencio, y la viuda de Marcellange diciéndole: «¡Cállate, y tendrás pan para toda tu vida...!»

«¡Hé ahí lo que hemos visto!—¡Ah! no sabemos donde se detendrán los descubrimientos, y si la cabeza de Medusa, esculpida en los umbrales de una casa grande, impedirá siempre que la justicia penetre en ella. Pero, suceda lo que quiera, Mad. de Marcellange, llegará un dia en que tendreis que dar cuenta de vuestra conducta y de vuestras palabras. Llegará un dia en que podré interpelaros solemnemente y deciros: «Mientras vuestro marido estaba tendido en una sepultura húmeda, con el pecho atravesado de dos balazos; mientras sus heridas chorreaban sangre todavía, aguardando para cerrarse, la venganza que se hallaba confiada á vuestro cuidado, suplicásteis á los testigos que callasen! ¡procurásteis sobornarlos! ¡opusísteis entorpecimientos á la justicia, y vuestro celo impío fué tan lejos, que vos, noble y gran señora, vos, que no encontrabais en vuestro marido una sangre bastante ilustre, que le llamábais *escribientillo*, que no le perdonábais el que *tratase harto llanamente á las gentes de poco mas ó menos*, olvidando vuestras grandezas y vuestra aristocracia, sentásteis á vuestra mesa á un pobre pastor que iba á pedir os perdon; descendísteis para con él hasta la familiaridad mas íntima, hasta la familiaridad que quiere seducir y sobornar...!»

»¡Ah, señora! ¡para que hayais violentado así vuestros hábitos, preciso es que tengais un interés muy poderoso!

»Entre vuestros iguales hay dos cosas que destruyen así las distancias y hacen que comience la igualdad; dos cosas que son tan misteriosas y sombrías la una como la otra, ¡la muerte y el crimen...!»

M. Bac resume en pocas palabras los cargos que pesan sobre Arzac; luego concluye en estos términos:

Todos conoceis, pues, señores jurados, la causa y el efecto. Ahora solo os queda averiguar si hay algo que pueda disculpar á ese acusado.

¿Es su falta de inteligencia? Le habeis observado en estos debates; habeis visto una penetracion sutil bajo esa corteza tosca.

¿Es su timidez? Le habeis visto persiguiendo á los testigos con sus amenazas hasta dentro de este recinto.

La astucia, la audacia, la pertinacia en el crimen, hé ahí las circunstancias atenuantes que puede invocar.

Y sin embargo, al terminar quisiera poder encontrar algo que decir en favor de ese hombre.

Arzac, sois pobre, la sociedad no os ha dado la educacion que ilustra la inteligencia y eleva el corazon. Sois muy accesible al temor, á la seduccion, á la corrupcion. En vuestra posicion ínfima os habeis acercado á una gran familia; os habeis visto acogido, protegido, estimulado por una casa noble. ¡Habeis creído en su omnipotencia, habeis creído que podia arrancaros á la pena que os espera! ó quizás pensais que, si sucumbís, su gratitud os seguirá al presidio y os hará olvidar la amargura de vuestro sacrificio. En vuestra ignorancia acaso creais mas en el poder de vuestros misteriosos protectores que en el de la ley.

¡Arzac! ¡sois víctima de una ilusion, cuyo despertar será terrible! Sabed que aquí todos los rangos desaparecen. En ese banco, en el que acaso podrá venir á sentarse algun dia, la gran señora es vuestra igual, y nada mas. Aquí no hay mas que un poder, el de la ley, y ningun poder humano puede resistirle. ¡Arzac, pensadlo bien! ¡sois jóven, lo porvenir huye ya de vos! ¡ved el abismo á que correis! (Arzac hace señas negativas y apunta con el dedo al crucifijo colocado encima del asiento de los magistrados).

¡Invocais siempre á Dios! Sí, invocadle y haced lo que os inspire. Dos cosas grandes emanan de él: la verdad y la justicia... ¡La verdad! ¡que para todos ha penetrado en este recinto como el sol, cuyos rayos os inundan; la verdad! á la cual sois el único que os resistís y que es la que solo puede salvaros. ¡Oh! ¡dejadla que se escape de nuestro seno, porque si os resistís, la justicia, armada con su espada, será la única que quede á vuestro lado! y la justicia... ¿lo oís? no tiene entrañas, ninguna consideracion la detiene ¡os herirá sin compasion...! ¡Nada, no, nada os defenderá...! (La agitacion de Arzac se aumenta, y sus señas negativas toman un carácter de extrema violencia.

¡Vuestras negativas á nadie engañan, Arzac! Tomais la actitud de la audacia por la de la inocencia; desengañaos. Inclinaos á sentimientos mas sinceros. Alejad de vos la hipocresía, dejad que la verdad se coloque en vuestros lábios, y podrá olvidarse lo pasado.

¡Ah! ¡callais! no encontráis sino una actitud, cuya audacia se acrecienta. ¡Agregais el sacrilegio al falso testimonio! ¡Vuestras señas invocan todavía á Dios, á ese Dios cuya ley habeis desconocido...! Pues bien, encomendaos á él: solo él puede perdonaros. ¡Los hombres no pueden hacerlo ya!!!

No hemos querido interrumpir con reflexiones esta peroracion conmovedora de una defensa llena de pasion y de poesía. El lector habrá comprendido que, durante las últimas palabras, se habia empeñado una lucha singular entre el pastor Arzac y el jóven abogado. La mirada magnética de M. Bac perseguia y dominaba á la del acusado, la buscaba cuando se fijaba en el crucifijo, cuyo sombrío perfil se destacaba encima de los jueces, la obligaba á revelar, por medio de las miradas amenazadoras que le arrancaba, la ansiedad terrible y la cólera impotente del culpable. Esta defensa de M. Bac en favor de la